tigaciones que hagan indemne su memoria á los intentos de adulteración histórica. Debe ser discutido antes de que su glorificación cristalice en formas de admiración mística. Los que atacan á los grandes hombres, no dañan tanto como se cree comunmente. Cromwell se levanta sobre dos siglos de imposturas. Los que fabrican mitos sí son perjudiciales, porque inclinan al público del lado hacia el que cae naturalmente. Se ha hablado en estos días del valor social de la fe y de la utilidad del culto á los héroes. ¡La fe y el culto! La fe, por la fe misma, no salva: es fuerza que la fe ilumine, y que el culto no degrade. Ciertos apóstoles de idealidad—¡apóstoles de una idealidad que se alquila!—dicen que las leyendas son fecundas en proezas. Perdonad, señores; pero habéis olvidado que Guillermo Tell es hijo del heroísmo, que el Romancero es hijo del heroísmo. La leyenda de Guillermo Tell y la del Cid no repetirían los prodigios que los engendraron.

Pero volvamos á Juárez. Su vida no ha sido rehabilitada. Pertenece aún á la pasión de los contemporáneos. Detractores y panegiristas, hablan hoy del héroe como los sectarios de 1861. Y aun es más violento el debate que presenciamos. Los paladines de la religión ofendieron á Juárez mas que el Sr. Bulnes. Los admiradores del ilustre presidente no habrían llamado réprobo, con teológica saña, al que hubiera disentido de la masa ortodoja en 1871.

No me juzgo digno ni capaz de influir en la opinión de mis contemporáneos; pero como es un deber entregar todas las fuerzas y todo el amor á la causa que se sigue, he resuelto poner al servicio de la verdad histórica mi laboriosa dedicación. El primer fruto de ella será, si nada me lo impide, la ampliación de mis estudios sobre la obra de Juárez, incluyéndolos en el libro que preparo—*Ideas políticas y sociales de los constituyentes.*

Méjico, noviembre de 1904.

C. Pereyra.

JUAREZ DICTADOR.

> Dans la naissance des sociétés, ce sont les chefs des Républiques qui font l'institution, et c'est ensuite l'institution qui forme les chefs des Républiques.
>
> Montesquieu (Grandeur et décadence des Romains.)

I

Dolíase el Príncipe de Bismarck, en sus últimos años, de no haber hecho la felicidad de un solo ser humano. Como uno de sus familiares le dijera en cierta ocasión, al oír tales quejas, que en cambio, había logrado la felicidad de un gran pueblo, el desconsolado diplomático, mostrándose digno de su alto papel histórico, abrió su corazón: «Sí, contestó; pero,—¡cuántas desgracias se me deben! Sin mí y mis tres grandes guerras, no habrían perecido ochenta mil hombres; sin mí, no hubieran corrido las lágrimas de una multitud de madres, huérfanos y viudas. Ya he arreglado estas cuentas con mi Creador; pero, vuelvo á decirlo, mis obras no me han dado sino poca ó ninguna ventura.» Sin discutir la sinceridad indudable de estas palabras, tengamos por cierto que el Príncipe de Bismarck, puesto en el caso de trazar de nuevo su camino, habría vuelto á hacer el sacrificio de su independencia y de sus aficiones campesinas á lo que él creía la felicidad de una gran nación, por más que su sentimiento íntimo le dijera que «despojados de nuestra vestidura mortal, es indiferente que la máscara de carne caiga de un balazo ó arrancada por la fiebre, y por más que en el seno de la muerte niveladora sea muy difícil distinguir á un prusiano de un austriaco.» Habría vuelto á luchar por los prusianos contra los austriacos y á consagrar su vida á cosas tan perecederas, pero, á la vez, tan grandes para él. Si no hubo tal grandeza, si la unidad alemana bajo la hegemonía de Prusia, conquistada en

tres guerras, fué para la humanidad sólo una criminal orgía de sangre, ó si, por lo contrario, Bismarck abrió con su mano violenta y creadora un nuevo surco en la tierra agotada de Europa, es cosa que no podremos decir. No es tiempo de ver aún los frutos de aquella siembra. ¿Pudo en 1560 el más avisado prever lo que sería para la humanidad la obra de Lutero? Y la obra de Lutero, como la de Cromwell, como la de Bismarck, como la de todos los hombres de esa talla, no presenta á la investigación, cuando ésta profundiza lo suficiente para ver un resultado final más allá de la acción inmediata del hombre sobre las fuerzas que domina, combinándolas, nada tan interesante como la acción de esas mismas fuerzas en una gran serie causal fructificante. ¿Quién discutió ni para qué discutir, la influencia capital de Cromwell en la transformación que hizo de la Inglaterra insular y apocada de los primeros Stuardos la gran potencia agresiva y colonizadora de los dos siglos últimos? Lo fecundo en el estudio de esa interesante formación histórica de uno de los elementos fundamentales de la civilización contemporánea, es la formación misma y el resultado obtenido. El que conozca este resultado verá que la obra de Cromwell no se cifra en sus actos ni en los resultados inmediatos de sus actos,—en campañas militares, en batallas ganadas, en asedios de plazas fuertes, en la disolución de gárrulos parlamentos, en guerras de expansión, en una poderosa concentración política,—sino en todo eso combinándose para producir efectos convergentes de una amplitud universal y de secular trascendencia. Y no se nos diga que no es obra de un solo hombre la que requiere como antecedentes la acción y la palabra, el genio y la industria de tantos hombres gloriosos ú obscuros precursores, y la acción, la palabra, el genio y la industria de otro número igual de cooperadores directos: no se nos diga que Cromwell recorrió un camino allanado por la serie larguísima de los que desde el siglo XII se opusieron á la omnipotencia de las prerrogativas de la corona, y que sin Hampden y Pym, sin Blake y Sidney, sin sus fanáticos *ironsiders* hubieran sido frustráneas las creaciones de su espíritu esforzado. Nada hay tan grande, comparado con la acción de los hombres extraordinarios que dan su nombre á un descubrimiento científico, á una creación artística inimitable, á una revolución, como la acción preparatoria y anónima, y la cooperación colectiva de los agentes de segunda magnitud que contribuyen al resultado final. Es ya ocioso repetir porsabidos, los ejemplos con que el determinismo histórico ilus-

tra la participación de la raza y del medio social,—para no hablar aquí del medio físico, aun en lo que antes se diputaba como ajeno á todo influjo de agentes exteriores: el arte en su más alta y divina pureza en la estatuaria griega y en los poemas de Shakespeare; pero no está por demás que acentuemos un poco nuestra plena aceptación de las teorías deterministas, para que no se crea que las negamos con lo que abajo hemos de decir de eso que ha dado en llamarse la acción del grande hombre en la tragedia humana. Así volviendo á nuestro ejemplo, el llamar obra de Cromwell la transformación total de Inglaterra á que hemos aludido, ni es injusta exclusión de otros eminentes campeones de la misma legión, ni es desconocer toda la lenta y silenciosa labor de las causas concurrentes, puesto que el mérito del grande hombre no estriba en carecer de materia para modelar sus creaciones, ni en que los hombres que le rodeen sean medianías ó crasas nulidades. Por puro evidente no hay sino señalar lo que gana el artista con el rico grano del mármol que cincela, con la flexibilidad de su idioma y con una predisposición popular propicia á los sentimientos que el arte expresa, y lo que gana un guerrero si lo secundan otros guerreros ó un político si cuenta con la cooperación de estadistas perspicaces y expertos. No se nos oculta que el asignar papel principalísimo al hombre excepcional en los negocios humanos, da origen á extravagantes concepciones, sentimentales y místicas, sobre el hombre providencial, y á frecuentes falsificaciones en que aparecen autores de grandes acontecimientos hombres que los presencian desde lo alto de un lugar de mando, sin más razón para que ese engaño se generalice, que la pobreza de espíritu de las multitudes, cuyo error es semejante á otro que denunciaba Bayle, cuando al negar la influencia de los cometas en los acontecimientos humanos, la comparaba á la que pudiera atribuirse á una persona que por el hecho de salir á su ventana pretendiera que los coches pasaban porque ella estaba asomándose. Pero esto no es razón para negar la acción de los verdaderos grandes hombres, como no es razón para negar el valor de la moneda el hecho de que haya habido siempre moneda falsa. Contemplándolos desde un punto de vista puramente humano, los grandes hombres cobran interés mayor que el que suele prestarles el disfraz del providencialismo pacato y sentimental: no son los personajes del dramón de mediados del siglo XIX, que salen á la escena en el momento oportuno para arrebatar el puñal al asesino que inmola á su víctima, ó

para confundir al traidor presentando las pruebas de la inocencia de los seres virtuosos á quienes persigue; no, el grande hombre nace, vive y muere, como los demás, unas veces antes de revelar al mundo su secreto de genio ó de energía, y otras, después de concluir su papel, al bajar el telón en el quinto acto. La historia humana sería distinta de la que conocemos, si algunas balas hubieran seguido trayectorias diversas de las que siguieron, si unos cuantos organismos hubieran sido refractarios á la propagación de ciertos gérmenes patógenos: suprimid á Alejandro, á Aristóteles, á César, á Tiberio, á Juana d'Arc, á Colón, á Lutero, á Enrique IV, á Newton, á Cervantes, á Cromwell, á Napoleón, ó dad vida más larga al mismo Alejandro, á Coligny, á Mirabeau, y tendría acaso la humanidad, más ó menos tarde, las mismas fundamentales conquistas, una América descubierta, una Reforma, una ciencia constituida; pero ¡como diferirían los acontecimientos, el aspecto fisionómico de las épocas históricas! La responsabilidad del hombre se mide por su influencia en los acontecimientos humanos: con razón se ha dicho que los bárbaros invasores de Europa, se bautizaban en la cabeza de sus reyes. Robespierre ha asesinado aun cincuenta años después de muerto. Es fácil determinar el campo de acción oficial, benéfica ó nociva, de la mayoría de los hombres. Dentro de un convencionalismo determinado, se dice de un modesto coronel, si su causa ó su partido triunfan, que hizo á su patria los bienes que constan en su hoja de servicios. En ella está su biografía: concurrir á tres, cinco ó veinte acciones, ser mencionado en la orden del día, salir herido, recibir un ascenso en el campo de batalla, decidir el éxito de un encuentro. De un orador dicen también sus partidarios que hizo el bien, pronunciando tal número de discursos y ganando tantas cuestiones parlamentarias. De un ministro distinguido, también sus correligionarios y sólo ellos, hablan en términos encomiásticos, enumerando los motivos que tiene para merecer la gratitud de sus conciudadanos. Pero dad la palabra á los adversarios, ó concededla á espíritus imparciales, y os dirán que esa *escala de valores* no es aceptable, que el coronel, el orador y el ministro, fueron elementos anodinos ó perjudiciales, que su acción personal es nula, y que la colectiva en que intervinieron es una gota de agua,—acaso evaporada ó absorbida, —si se compara con la gran corriente de los hechos sociales. En tal caso, el elogio ó el desprecio no se apartan mucho de la línea media de una prudente indiferencia. No así los grandes hombres

ó las grandes ideas. Muere Jesús obscuramente, tarda tres siglos en extenderse su doctrina, y muchos más transcurren antes de que se reconozca universalmente que «entre los hijos de los hombres no ha nacido ninguno que pueda comparársele.» La verdadera grandeza, con más frecuencia es desestimada que alabada exageradamente. Ved á un grande hombre de verdad, de esos que han dominado por la fuerza de las armas ó por otro medio material ó moral: lo que en ellos se ve y se aplaude, no es lo verdaderamente elevado, sino «los galones de los estados mayores, las carrozas, la aureola.» Los títulos con que son honrados, las pensiones á los herederos, no dan la medida del mérito, sino de la admiración, es decir, del mérito en relación con el espíritu contemporáneo. ¿Qué títulos, qué pensiones pueden recompensar á un Cristóbal Colón sus servicios á España? Y por lo contrario, privar á Bismarck de todas las mercedes y liberalidades con que le premió el Emperador, si Bismarck fuera un culpable por haber empleado en el mal su fuerza abrumadora, no sería nada en comparación de lo que esa fuerza pudo hacer contra su patria. Si no hay, pues, dentro de los medios del poder oficial, penas ó recompensas para las acciones excepcionales, fuera necedad aplicarles el mismo criterio con que ordinariamente se decide si un hombre es digno de la apoteosis ó si debe arrastrar cadenas. No en vano la Iglesia deja transcurrir medio siglo después de la muerte de un hombre para adorarlo en los altares. Y aun es poco: bastarán cincuenta años para no engañarse con admiraciones efímeras; nada son para conocer si el canonizado es una columna de la Iglesia ó un simple benemérito. No es lo difícil conocer al hombre, aplicar á sus actos una crítica irrefragable, sino estudiar el período á que pertenece, y ver cómo se destaca el acontecimiento capital que le da nombre.

II

Estas consideraciones se aplican, como á ninguna otra, á la personalidad histórica de Juárez, cuya importancia, por lo dicho arriba, se comprenderá que no es para nosotros, la de uno de tantos jefes del pueblo mexicano, sino la del jefe único, indiscutible, cuya diestra supo hacer de una materia rebelde y caótica el ánfora de

líneas clásicas que guarda nuestros ideales. Conocemos sus actos, uno á uno. Estamos acostumbrados á seguirle con amor en su vía dolorosa; pero el amor, que es siempre fecundo, nos ha impulsado á pasar de la devoción contemplativa á la investigación crítica de aquella existencia que se explayó en el alma de un pueblo angustiado y exangüe hasta confundirse con ella. Meditando ante el ara rota de nuestra muerta fe, comprendemos que sólo puede haber calma para el espíritu en la contemplación de la verdad, y como la verdad no es única, ni está vaciada en moldes de figuras rígidas, pues por lo contrario, es multiforme y fugitiva, hemos abandonado toda fórmula demasiado absoluta y no podemos aceptar nada que sea ó parezca transcripción de un culto ó un fanatismo á una nueva creencia. Hacer un dogma de la soberanía popular ilimitada, es aceptar como verdad una imagen invertida del derecho divino. Hacer un ídolo de un grande hombre es aceptar el providencialismo de Bossuet. Nadie admira tanto á los grandes hombres como nosotros, ni nadie les atribuye papel más amplio á un Juárez y á un Dante; pero los admiramos dentro del dato histórico irreprochable. No quisiéramos corromper esa atmósfera purísima de admiración con el veneno del incienso. ¿Y para qué? Hemos aprendido á admirar á Juárez, porque los hechos nos le han revelado. Toca á los hechos, interpretados por la crítica, confirmarle en nuestra admiración. Estudiemos los hechos, y, ante todo, el fundamental, la Reforma, en el el que esplende Juárez como la columna ígnea en el Desierto y obra con la fuerza atractiva y fecundante de un sol.

III

Suelen decir los que se aplican con espíritu filosófico al estudio de nuestros asuntos nacionales, que en México ha habido muchas guerras intestinas, y sólo dos revoluciones, la de la Independencia y la de la Reforma. Pero ahondando más, se advierte que lo que se llamó por los europeos, con tanta superficialidad, endémica agitación de los pueblos hispano-americanos, no fué,—hablemos sólo de México,—sino un movimiento que tardó sesenta años en realizarse; fué una redistribución de fuerzas, una revolución, en suma. El poder político dejó de ser propiedad de clases y corporaciones que lo detentaban sin justicia y que lo habían conservado en paz mientras fueron útiles: cuando su ascendiente no tuvo ya por razón, servicios ni méritos, pasó á otras manos el timón, como pasó en Europa de las manos de los nobles á las manos de los reyes y de las de éstos á las de la burguesía. No es el momento de hacer un estudio comparativo entre las causas del desalojamiento de las funciones públicas en la Europa meridional y en nuestra América española; pero no pasaremos por alto diferencias y semejanzas reveladoras. Las *jacqueries*, idénticas en sus efectos asoladores, fueron aquí provocadas por la misma clase social que en Francia, por ejemplo; pero aquí esa clase, tenía á más del odio que como tal sentía á causa de su situación inferior, el que procedía de conflictos de pueblos enemigos; aquí el Rey se llamaba España, y los nobles y el clero, meras clases allá, fueron aquí, antes de la Independencia, y en su gran mayoría, extranjeros con privilegios políticos. Allá el estado llano, enriquecido, ennoblecido por sus alianzas cortesanas, quiso el poder político para constituir otro gobierno de clase, cohonestando su dominación con doctrinas humanitarias y aceptando como auxiliar al fanático hambriento, pero desinteresado é implacable; en México, la clase revolucionaria, fué casi exclusivamente, hasta que terminó la revolución, idealista sin doctrinarismo, homogénea, práctica; y como contaba con una gran masa difusa y pasiva de población indígena, pudo extremar sus radicalismos hasta realizar una de las revoluciones más completas y profundas, que haya hecho jamás una nación como la nuestra netamente estratificada, en lo social por la profunda desigualdad de las clases que la forman, y en lo geográfico por su estructura, que determina el aislamiento natural de las regiones que componen su territorio. Sin embargo, ha sucedido en México lo que en todas partes: «las palabras, tendiendo redes al pensamiento,» nos han engañado, ó por mejor decir, nos hemos engañado por atender sólo á su sonido y no á su definición. Llevados de una asociación de ideas, puramente superficial, comparamos nuestra guerra de Independencia con la que sostuvo España contra la invasión napoleónica; pero en realidad es una revolución social, interior, que continuó después de 1821, si bien el fenómeno importantísimo, aunque no capital, del desprendimiento de la antigua colonia, constituida en nación independiente, dió á aquella fecha las apariencias de un carácter, que no tiene, como término de dos períodos distintos. En realidad, más difiere el México de 1807 del México de 1811, que el México de 1820 del de 1822. Si decimos que

la Independencia no fué para nosotros,—siendo un hecho importantísimo,—de capital importancia, es sólo comparativamente, respecto del hecho primordial que originó tanto la Independencia como la Reforma, á saber: la caducidad y muerte política de las clases y organismos de gobierno que simultáneamente determinaron, en la Península, una invasión extranjera, seguida de la pérdida de las colonias, y en éstas una redistribución de fuerzas. Cuando Iturbide dijo á los mexicanos: «Ya sabéis la manera de ser libres, á vosotros toca la de ser felices,» no hizo más que incurrir en el viejo error de los discípulos de Plutarco que tan miserablemente confunden la libertad con *ciertas formas políticas* que á veces anduvieron asociadas á *ciertas formas* de la libertad. «Independiente es Turquía,—dijo á su vez el Padre Mier el 15 de Julio de 1822, como para contestar á Iturbide,—independiente es Berberia, pero sus habitantes son esclavos. Nosotros no queremos la independencia por la independencia, sino la independencia por la libertad. Una onza de oro es una cosa muy preciosa, pero si el que me la da me prohibe el uso de ella en las cosas necesarias, lejos de ser un regalo es un insulto. Nosotros no hemos estado once años tiñendo con nuestra sangre los campos de Anáhuac, por conseguir una Independencia inútil; la guerra aun no está concluida; no han muerto todos los héroes, y no faltarán defensores á la patria mía.» La guerra continuó hasta que su objeto se hubo realizado, y se complicó con otros acontecimientos extraños, como lo fueron tres guerras de agresión extranjera; pero cada vez se fué estrechando más el campo de acción y planteándose con más precisión los problemas que se trataba de resolver. Siempre son más crueles y calamitosas las revoluciones incipientes que las que llegan á su consumación, porque á más de las pasiones largo tiempo contenidas, entran en juego al principio elementos de desorden que la impericia de los jefes y la falta de un objetivo claro traen consigo, y que desaparecen cuando se va formando la clase directiva revolucionaria y cuando la unidad de acción elimina todo medio que no concurra al resultado que se pretende alcanzar. En México ese cambio moral se efectuó por fin con «los sacudimientos interiores, el trastorno de las fortunas, las impresiones de fuera, las lecciones dadas por los mismos gobiernos liberales y la tiranía del monarca restablecido.» Es justa esa observación de Zavala sobre las enseñanzas dadas por la revolución, y es justa también la que hace cuando nos dice: «En 1819 no había un mexicano que

no estuviese convencido de la necesidad de la independencia, y se esperaba la ocasión de hacerla sin sangre y sin desastres, por temor de que se repitiesen las pasadas desgracias; ..... los mexicanos eran ya más cautos, y estaban convencidos de que no conseguirían su objeto, derramándose en las campiñas y ocupando los cerros sin orden, sin disciplina ni subordinación.» Esos adelantos en la capacidad política, ese universal deseo de conquistar la independencia, resultados de nueve años de aprendizaje, contrastan con el siguiente hecho, referido por D. Ignacio Rayón en una exposición presentada por él al Congreso de Chilpancingo: «En la Villa del Saltillo, punto á donde el año de 1811 se dirigió el ejército disperso en Calderón, esparció la malignidad ó la imprudencia, que el generalísimo, altamente indignado con los tiranos, iba á romper cuantos lazos habían estrechado á esta parte de América con su Metrópoli, declarándose por artículo primordial, su total independencia del trono de los Borbones. Apenas circuló vaga esta voz, desertó de nuestras banderas considerable número de soldados, repitiéndose en los días siguientes la deserción y notándose generalmente un disgusto sobremanera peligroso.» Los primeros jefes de la independencia, como los puritanos, luchaban *contra el rey en defensa del rey;* tarde se advirtió la contradicción entre la lealtad que los encadenaba y el ideal que los movía. Ellos, y después sus continuadores, los revolucionarios de la nación independiente, fueron los agentes de disgregación de los cuerpos políticos que mantenían esclava á la patria, pretendiendo defender y defendiendo nominalmente, la unidad del dogma, los fueros de clases, la teocracia, en suma. Mas así como de 1810 á 1819 se formó una corriente de opinión favorable á la independencia, en la escuela de aparentes y sinceros sostenedores de Fernando VII, antes de que terminara la primera década de vida autónoma, se formó una corriente de opinión, adversa á los privilegios teocráticos sostenidos por los conspiradores de la Profesa en 1820 y hábilmente burlados por Iturbide en el Plan de Iguala. Este plan «conciliaba todos los intereses, y elevando la Nueva España al rango de una nación independiente, que era el voto general, hizo callar delante de este inmenso beneficio las pretensiones particulares de los que querían la *república*, y de los que deseaban la *monarquía absoluta*. Todos los hijos del país se unían en el principio de *nacionalidad;* cada uno reservaba para después sus pretensiones diferentes.» Como lo anunciaba Zavala, autor de las apreciaciones trans-

critas, vigorosas como todas las suyas cuando sintetiza una situación, «pronto se desarrollarían esas ideas, envueltas todavía en las tinieblas ó sofocadas por el grande interés de la causa común.» Para seguir una marcha desembarazada, no entraremos en la confusa maleza de los acontecimientos que siguieron á la independencia, y que bajo los nombres de centralismo y federalismo, progreso y retroceso, ocultaban el hecho esencial, la lucha en que se disputaban el poder político las clases enemigas, la de las *vejeces*, como decía un eximio pensador, y la revolucionaria. La irresolución de Victoria y la debilidad de la administración de Guerrero, el infortunio de este jefe y el de Iturbide, la ira sanguinaria de los ministros de Bustamante, las perfidias de Santa-Anna y de Valencia, la noble abnegación de Arista, de Herrera y de Morales, la nulidad de Barragán y de Corro, la impecable fe de Mier y Terán, el idealismo puro de Gómez Pedraza, forman en el primer plan de la escena pública, durante los treinta y cuatro años que siguieron á la independencia, «ese cortinaje dramático» de que habla el gran crítico inglés, cortinaje tras el cual se oculta la sucesión de los acontecimientos capitales de la historia interna de los pueblos. Pero la historia interna no se encuentra en el laberinto de minas y contra-minas en que se desarrollaban los varios sucesos de la contienda; menester es que salgamos de sus senos tenebrosos y que ocupemos un punto dominante, en plena luz. El año de 1833, es decir, en un momento histórico, equidistante del grito de Hidalgo y de la ley-Juárez sobre administración de Justicia, el grupo dirigente de la clase demócrata, compuesta de hombres peritísimos, autoridades en ciencias sociales, y bajo la jefatura de un repúblico sin tacha que fué también un luchador sin miedo, convino en el siguiente programa de gobierno, que era á la vez un plan de campaña y un credo político definitivo que se incrustó con caracteres adamantinos, como un ideal, en la conciencia de los liberales mexicanos. Como se verá, ya había en ese programa todo el radicalismo que caracterizó siempre al grupo que lo formuló y al que años más tarde lo realizó, radicalismo que traducía claramente el Sr. D. Miguel Santa María, hombre según él mismo, «lleno de horror invencible á ser miembro de una sociedad gobernada por regimientos y piquetes de dragones, y que deseaba á su patria una república, no de papeles y generales, sino de constitución viva, práctica efectiva.» Ese hombre de concepciones tan luminosas, decía en 1832: «O alguna vez se ha de tentar la obra de las reformas con actividad, como en otros pueblos se tentaron, ó hablando sin rodeos, contentos con sola la independencia, resolvámonos á vivir por toda la eternidad plagados de los vicios de una colonia española.» He aquí el programa de esas reformas, obra como decía el más competente de sus autores, creada al calor de convicciones íntimas y profundas y de un conocimiento extenso de las necesidades del país: «1º Libertad absoluta de opiniones, y supresión de las leyes represivas de la prensa; 2º Abolición de los privilegios del clero y de la milicia; 3º Supresión de las instituciones monásticas y de todas las leyes que atribuyen al clero el conocimiento de negocios civiles, como el contrato de matrimonio, etc.; 4º Reconocimiento, clasificación y consolidación de la deuda pública, designación de fondos para pagar desde luego su renta, y de hipotecas para amortizarla más tarde; 5º Medidas para hacer cesar y reparar la bancarrota de la propiedad inmueble, para aumentar el número de propietarios territoriales, fomentar la circulación de este ramo de la riqueza pública, y facilitar á las clases indigentes medios de subsistir y adelantar, sin ofender ni atacar en nada al derecho de los particulares; 6º Mejora del estado moral de las clases populares, por la destrucción del monopolio del clero en la educación pública, por la difusión de los medios de aprender y la inculcación de los deberes sociales, por la formación de museos, conservatorios de artes y bibliotecas públicas, y por la creación de establecimientos de enseñanza para la literatura clásica, las ciencias y la moral; 7º Abolición de la pena capital para todos los delitos políticos y aquellos que no tuviesen el carácter de un asesinato de hecho pensado; 8º Garantía de la integridad del territorio por la creación de colonias que tuviesen por base el idioma, usos y costumbres mexicanos.»

IV

No es del caso examinar aquí las causas á que se debió que se frustrara en la práctica ese plan admirable, ni las que mantuvieron indecisa la victoria, é indeterminados los motivos reales del conflicto, hasta el momento en que el destemplado y vesánico despotismo de Santa-Anna, provocó con los procedimientos suicidas de una persecución imbécil, la coalición de las inteligencias selec-